

LA NOVENA SINFONÍA DE BRUCKNER NUEVAMENTE TERMINADA

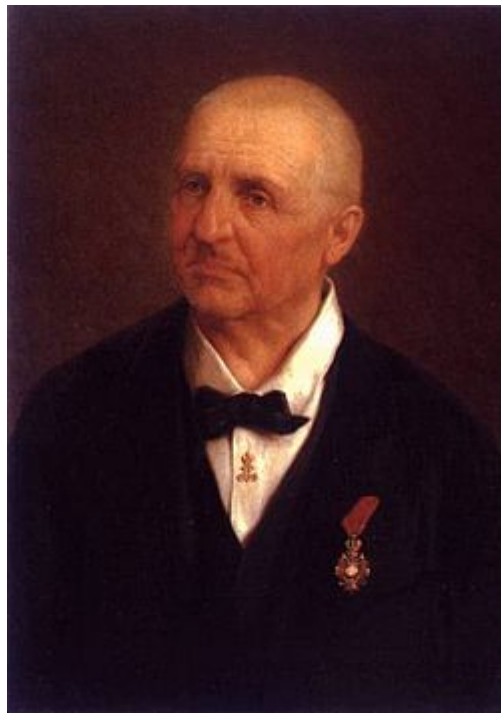


Foto poco difundida de Bruckner condecorado con la Medalla Franz Josef.

Una de las anécdotas más singulares y crueles de la historia de la música es la que refiere el destino de la Novena Sinfonía de Bruckner. Cuando el venerado compositor vienés falleció fue velado en su casa durante tres días y sus restos fueron expuestos sobre la cama en su dormitorio. Sus amigos y gran parte del mundo musical vienés acudió para rendirle culto. Varios testigos contaron que sobre un mueble junto a su cama se hallaba un legajo de páginas de partituras manuscritas dejadas por el autor y que Anton Meissner, su secretario y amigo cercano, responsable de sus funerales, le ofrecía a las personas que se acercaban al cuerpo que tomaran una página de aquellas en recuerdo de su memoria. Se trataba de las páginas, aún sueltas, aunque afortunadamente numeradas de la manera que Bruckner meticulosamente acostumbraba hacerlo: se trataba de páginas manuscritas del último movimiento de la Novena Sinfonía en la que el compositor había estado trabajando en los últimos tiempos. Como los tres primeros movimientos de la obra habían sido terminados con mucha anterioridad estaban bien resguardados de la ignorancia y del absurdo de aquella frívola actitud del asistente.



Desde entonces, independiente de las diferentes ediciones, siempre se ha conocido la Novena Sinfonía de Bruckner como una obra inconclusa, únicamente con los tres primeros movimientos y con el convencimiento, expuesto incluso por grandes musicólogos, de que el autor había compuesto muy poco de ese movimiento final y que lo que se conservaba era insuficiente para que alguien se atreviera a elaborar una simple terminación. Por supuesto, el lado emocional y romantizado de la historia nos obligaba a sentir siempre que era tan profundo y monumental el tercer movimiento, que por suerte era el Adagio y que había sido compuesto también en la cercanía de la muerte, que hasta el propio compositor había decidido no terminarlo: considerando incluso su propia dedicatoria de la sinfonía “al buen Dios”, era evidente que Bruckner mismo se había sentido incapaz del esfuerzo de inspiración que significaba componer una música que trascendiera la grandeza de ese Adagio y como continuación de esa música que lo despedía de la vida.

Sabemos que Bruckner respetaba ferozmente los conceptos clásicos de la estructura sinfónica y apenas si se había atrevido en su Octava Sinfonía y después en su Novena, a invertir el orden del segundo y el tercer movimiento. Por supuesto, que ello no quiere decir que su música y su concepto sinfónica no hubieran sido esencialmente innovadores, de lo cual la propia Novena es prueba ideal, con sus disonancias tonales y su mezcla de misticismo y desesperación. Pero Bruckner nunca hubiera concebido su Novena Sinfonía sin un cuarto movimiento, fundamental para redondear la idea estructural.

Sin embargo, en un milagroso esfuerzo de la musicología bruckneriana, fueron encontrados la mayor parte de las páginas perdidas, se hallaron otras en el domicilio de Bruckner y poco a poco se pudo ver que era mucho más lo que había dejado terminado.

Por la correspondencia del compositor se sabe que desde la terminación de los tres primeros movimientos en noviembre de 1894, aún con casi dos años por vivir aunque fuera con la salud deteriorada, Bruckner anunciaba que seguía trabajando, pausada pero consistentemente, la elaboración del final de la obra.

A mediados de 1896, el concepto total del movimiento estaba bosquejado y la orquestación estaba casi realizada hasta muy avanzado el desarrollo del mismo. Por testimonios de Meissner y de su criada, Bruckner habría trabajado en la obra “hasta la media tarde” del último día de su vida.

De hecho, después de una elaboración musicológica magistral, se descubrió que existía una partitura completa, con todos sus barras de compases obsesivamente dibujadas y numeradas, costumbre de Bruckner que facilitó el trabajo más que con cualquier otra obra inconclusa de cualquier músico: sobre todo, saber qué tanto faltaba por completarse

de la misma. La realidad era impresionante: de 650 compases del movimiento, casi 600 estaban escritos, con variados niveles de terminación, pues unos apenas estaban bosquejados y otro estaban totalmente orquestados; y muchos compases pudieron ser reconstruidos a partir de los bosquejos que se fueron encontrando después de la milagrosa búsqueda que se realizó.

No es la primera vez que se escucha el Cuarto Movimiento de la Novena terminado. El primer trabajo de terminación lo realizó **William Carragan** en 1981-83, quien a su vez hizo otras tres versiones o revisiones de la misma, la última en 2010. De la primera versión existe desde hace varios años una excelente grabación dirigida por Yoav Talmi, en la marca CHANDOS, así como otras grabaciones de esta y de las posteriores versiones del propio Carragan, pero con menor calidad orquestal y sonora.

Es muy importante señalar que en México hemos sido privilegiados porque en **abril de 1987, la OFUNAM, dirigida por Luis Herrera de la Fuente, ofreció el estreno en nuestro país de esa terminación de la Novena Sinfonía de Bruckner**, concierto de alta emotividad para que quienes lo escuchamos.

Posteriormente, los italianos **Nicola Samale** y **Giuseppe Mazzuca** realizaron una versión “interpretable”, pero se limitaron a unir los pasajes dejados por Bruckner sin hacer una labor de reconstrucción tan exhaustiva. Esa realización del movimiento ha tenido varias grabaciones algo menos convincentes por Eliahu Inbal y Gennady Rozhdestvensky.

Finalmente, se editó y difundió una nueva elaboración del movimiento final, preparado nada menos que por cuatro musicólogos que trabajaron en equipo: nuevamente **Samale y Mazzuca** ahora secundados **por Benjamin-Gunnar Cohrs y John Alan Phillips**. De dicha realización y sus diferentes revisiones, se cuenta con varias grabaciones, aunque en marcas inaccesibles.

Estos musicólogos afirmaron que solo tuvieron que componer menos de 30 compases utilizando material musical que ya se tenían de alguna manera. Por lo tanto, cuando se escucha esta terminación de la Novena Sinfonía, estamos escuchando lo más cercano posible a cómo se hubiera escuchado la obra si Bruckner la hubiera logrado llevar a su terminación absoluta.

No falta quienes tengan sus reservas a escuchar una obra terminada por otros, pero casi todos los que condenan este tipo de trabajos musicológicos olvidan el placer con que habitualmente escuchan el *Requiem* de Mozart, la ópera *Turandot* de Puccini y hasta la Décima Sinfonía de Mahler en sus cinco movimientos. Como dice Simon Rattle, “hay más

de Bruckner en esta sinfonía que de Mozart en su propio Requiem” (tema que analizaremos en alguna ocasión posterior).

En febrero de este año 2012 la obra completa fue interpretada por la Filarmónica de Berlín y Simon Rattle; después, fue llevada de gira a Nueva York y escuchada en ambos